

Queridos fieles:

Reconquistada la ciudad de Badajoz para la corona de León por el rey Alfonso IX, en la primavera de año 1230 y tras las dificultades para la instauración de la sede episcopal, a pesar de las bulas pontificias que lo ordenaban, por fin fue nombrado primer obispo de esta sede Fray Pedro Pérez en el año 1255.

Según el misal y breviario pacense, esta catedral fue consagrada el 17 de septiembre de 1276.

Este nuevo aniversario de la dedicación de nuestra Catedral es una buena ocasión para que celebremos y vivamos mejor el misterio de la Iglesia universal, que se hace presente en cada diócesis, en nuestra Archidiócesis de Mérida-Badajoz.

La Iglesia Catedral es el símbolo y el hogar visible de toda la comunidad diocesana guiada por el Obispo, que tiene en ella su cátedra. En la cátedra del obispo descubrimos, por la fe, a Cristo, Maestro, que gracias a la sucesión apostólica proclama, a través de los tiempos, la Buena Nueva que el Señor mismo proclamó.

La Santa Iglesia Catedral es signo visible de la unidad de la Iglesia particular en torno al Obispo, en torno al Colegio episcopal presidido por el sucesor de Pedro y, en consecuencia, en torno a Cristo mismo. Por eso, ha de ser reverenciada por todos los fieles y tenida como lugar propio para la celebración de todos los actos litúrgicos que, por su propia índole, manifiestan especialmente la vida de la Iglesia particular de Mérida-Badajoz.

Este aniversario de la dedicación nos recuerda ciertamente un día de gracia, también vicisitudes históricas, dificultades... para instaurar una nueva sede episcopal y construir una catedral, después de siglos de dominación musulmana, pero también nos impulsa hacia el futuro. Este nuevo aniversario, por tanto, es una invitación a hacer memoria de los orígenes pero, sobre todo, a recuperar y acrecentar la llama de nuestro espíritu para seguir evangelizando en nuestro tiempo, para seguir impulsando el crecimiento cristiano en todas nuestras parroquias y comunidades.

Las palabras de san Agustín, en la dedicación de una nueva iglesia, nos impulsan a ello: *“Esta es la casa de nuestra oración, pero la casa de Dios somos nosotros mismos. Por eso nosotros nos vamos edificando durante esta vida para ser consagrados finalmente en la otra vida. El edificio o mejor la construcción del edificio exige ciertamente trabajo pero al final la consagración trae consigo el gozo. Lo que aquí se hacía cuando se iba construyendo este templo sucede también cuando los creyentes se congregan en Cristo. Pues al acceder a la fe es como si se extrajeran de los montes y de los bosques las piedras y los troncos; y cuando reciben la catequesis y el bautismo es como si fueran tallándose y nivelándose por las manos de artífices y carpinteros. Pero no llega a ser casa de Dios sino cuando se aglutinan en la caridad”*.

Es la caridad, es el amor el que hace la edificación que es la Iglesia: si una piedra o una viga se negara a ocupar su puesto y función dentro del edificio de nada serviría; así sucede en la Iglesia; sin la caridad no somos nada, no servimos para la construcción.

Pidamos al Señor esa unidad, ese amor para construir la Iglesia de Cristo que camina en esta Iglesia particular de Mérida–Badajoz, con la ayuda maternal de nuestra Madre la Virgen de Guadalupe.

+ Celso Morgia Iruzubieta
Arzobispo de Mérida-Badajoz